

La crisis del PP y el Gobierno del PSOE



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

En poco tiempo, la sociedad española ha experimentado cambios intensos y significativos. En unos días hemos tenido una salida del Gobierno del PP, mediante el procedimiento de la moción de censura constructiva previsto en la Constitución de 1978, que ha dado lugar a un Gobierno del PSOE encabezado por Pedro Sánchez.

No se ha tratado solamente de un proceso jurídico, sino de un cambio complejo en el que ha eclosionado la crisis del PP, al tiempo que se ha producido un cambio de ciclo político, un cambio de escenario, con una oxigenación de la atmósfera política, y una modificación de la correlación de fuerzas que se venía dando en la sociedad española desde hacía varios años.

La crisis del PP

La crisis del PP venía gestándose, de manera larvada pero persistente, desde hace varios años, habiendo dado lugar ya a efectos erosivos en las urnas, tanto en las elecciones legislativas de 2015 como en las de 2016, en las que el PP descendió de los 186 diputados que obtuvo en 2011, a solo 123 en 2015 y a 137 en 2016. Es decir, una proporción de votos y escaños que no garantizaba al PP la posibilidad de formar gobierno por sí solo. Lo que exigía el apoyo de *Ciudadanos* que, precisamente, competía con el PP en sus propios espacios y por los mismos electores. Apoyo que, ni aún así, fue suficiente, y que dio lugar a una tensión notable dentro del PSOE promovida por aquellos que entendían que la abstención de los diputados socialistas debía facilitar el Gobierno del PP en tales circunstancias.

El problema es que el PP se encontraba en una fase terminal de liderazgo, con un calendario de causas judiciales indigerible políticamente. Lo cual se traducían en que, más allá de lo que apareciera en la

superficie, las aguas profundas del PP se encontrarán bastante agitadas. Y esta agitación se venía plasmando en operaciones de “desestabilización interna”, que se cobraron varias víctimas entre líderes que se perfilaban como posibles alternativas al liderazgo de Rajoy. Primero fue Esperanza Aguirre, a la que siguió poco después Cristina Cifuentes, al tiempo que las escaramuzas y los escándalos afectaban también a Pablo Casado. Todo ello con unas presentaciones que hacían sospechar que la filtración de dosieres y de informaciones internas eran –y son– parte de una disputa por el poder que puede calificarse de cualquier cosa menos de ejemplar y transparente.

En este contexto de erosiones, de tensiones de liderazgo y de dificultades de gobernabilidad –que algunos analistas ahora pretenden olvidar–, la sentencia de una de las primeras causas del macrocaso Gürtel acabó llevando al Gobierno del PP a un punto de no retorno y de acelerada pérdida de respaldo social y político. Pérdida que también venía alimentada por la falta de sensibilidad social y por las frecuentes muestras de arrogancia que daba el Gobierno del PP en el ejercicio del poder, olvidando su fragilidad parlamentaria y sociológica de fondo.

El clima de rechazo al PP acabó cristalizando en la moción de censura presentada por Pedro Sánchez, que obtuvo un respaldo nada desdeñable de 180 votos en el Parlamento.

Las reacciones de algunos líderes del PP ante este proceso político, perfectamente constitucional y democrático, y el nerviosismo que cundió en sus filas explica la ulterior dinámica que se vive en el PP, con una disputa por el poder abierta y compleja, en la que finalmente van a concurrir nada menos que siete candidatos; con alguno que ha decaído por el camino en medio de unos sollozos que nadie ha explicado a qué se deben.



Disputas por el liderazgo

Este panorama y las peculiaridades del proceso de primarias en el PP muestran la entidad de la crisis de liderazgo que se vive en un partido que –aunque es una de las piezas importantes e imprescindibles del sistema democrático español– se encuentra en momentos difíciles, en los que no será fácil gestionar el calendario de procesos judiciales ante el que se encuentran, y en el que no se vislumbra un candidato o candidata con capacidad para suscitar amplios apoyos, con voluntad de integración y con perfiles nuevos y cercanos a las bases sociológicas del PP. En definitiva, para inaugurar la nueva etapa que el PP necesitaría en estos momentos, cuando otro partido compite contundentemente en sus propios espacios electorales, intentando atraer a los votantes desengañados y más sensibles ante una posible crisis de liderazgo, de proyecto, de honestidad y de credibilidad.

Ante tal situación, las bromas de mal gusto que hacían hace poco algunos líderes del PP sobre las divisiones internas en el PSOE no admiten comparación alguna, ya que en el caso del PSOE primero compitieron, en unas primarias con reglas del juego claras y con modelos de escrutinio

inequívocos, tres candidatos que representaban tres opciones distintas en el PSOE (Pedro Sánchez, José Antonio Pérez Tapias y Eduardo Medina); y luego compitieron dos candidatos, también con perfiles netos (Pedro Sánchez y Susana Díaz), con el triunfo inequívoco y contundente del candidato que representaba la renovación y las sensibilidad de las bases. Algo que no existe en este momento en el caso del PP y que permite augurar una salida más dificultosa de su crisis. Por mucho que debamos ser conscientes de que el PP no se parece a la vieja UCD y que, por lo tanto, no es previsible una crisis terminal similar a la de aquella formación política, ya que las redes clientelares y las estructuras territoriales del PP permiten anticipar que este partido continuará siendo una opción política importante. Máxime si logra encontrar un candidato o candidata capaz de liderar y pilotar de forma razonable esta difícil etapa.

El Gobierno del PSOE

Con el éxito de la moción de censura, el PSOE se ha encontrado ante un nuevo escenario político y unas posibilidades que parecían inéditas –o no tan inmediatas– hace muy poco tiempo.

Indudablemente el respaldo obtenido por la moción de censura presentada por Pedro Sánchez le legitima para llevar a cabo el proyecto de gobierno que presentó en el Parlamento, y que mereció un respaldo importante, tanto en lo que suponía de propósito de desplazar del gobierno a un Presidente y a un equipo ministerial que se encontraban desgastados y deslegitimados ante la mayoría de la sociedad española, como en lo que tenía de propuesta específica para corregir determinadas tendencias y medidas políticas que resultaban cada vez más insostenibles para sectores muy diversos de la sociedad española.

La eclosión de la crisis del PP, a partir de la primera sentencia del caso Gürtel, ha llevado no solo a un nuevo gobierno, sino también a un cambio de ciclo político y de escenario y a una modificación de la correlación de fuerzas.

Es decir, la moción presentada por Pedro Sánchez no fue, ni se presentó como, una moción de censura instrumental orientada a convocar inmediatamente nuevas elecciones, como pretendían Albert Rivera y Ciudadanos, respaldados por apoyos mediáticos muy específicos. Pero ni Ciudadanos ni dichos medios de comunicación social fueron los que apoyaron dicha moción ni votaron por ella. Es decir, no fue la alternativa política triunfante. Por lo tanto, resulta impropio que ahora pretendan que la sociedad española se oriente en la dirección que ellos postulaban y que ni ha tenido respaldo en las urnas, ni en el Parlamento.

Consecuentemente, el actual Gobierno del PSOE tiene que dar respuesta al compromiso, y a la oportunidad de normalizar y de redemocratizar el funcionamiento de algunas instituciones básicas, poniendo en marcha las medidas y proyectos legislativos que habían sido

aprobados últimamente en el Parlamento y que el PP estaba bloqueando, con una estrategia de restricción, bipolarización y enrocamiento que a nadie beneficia.

Y lo mismo que podemos decir en términos de política interna –sobre todo en los aspectos laborales, sociales y económicos–, ocurre con la política exterior, de la que nuestro país ha estado ausente demasiado tiempo, y en la que es necesario restablecer los cauces y procedimientos de implicación oportunos; además ahora desde un liderazgo fortalecido y acreditado, y con unas posibilidades de influencia que resultan especialmente importantes y pertinentes. Sobre todo en momentos como los actuales en los que los europeos estamos emplazados ante retos y decisiones de gran alcance y de indudables efectos prácticos.

En este nuevo ciclo político existen grandes posibilidades de consolidar y racionalizar el funcionamiento de nuestra democracia, logrando que el desarrollo normal de las tareas de gobierno cuente con la legitimidad política necesaria en toda democracia. Especialmente en su dimensión primordial de recuperar la sintonía con *el pulso de la calle*, con el sentir de los ciudadanos. Sintonía que también habrá que ser capaces de calibrar en función de las evaluaciones que vayan haciendo

El nuevo gobierno del PSOE, presidido por Pedro Sánchez, ha asumido ante el Parlamento el compromiso de normalizar y garantizar el buen funcionamiento de la democracia, la transparencia, la honestidad en las instituciones, la recuperación de la sensibilidad social y la interlocución internacional, como desea en estos momentos la mayoría de la población.

los ciudadanos sobre la labor de este Gobierno, y de las propias tendencias de desplazamiento de voto que ya se empiezan a registrar en algunas encuestas.

TEMAS